

**Karl JASPERS**, *La idea de la universidad*, Presentación y edición de Sergio Sánchez-Migallón, Traducción de Sergio Marín García, Barañáin: Eunsa, 2013, 232 pp., 11 x 18, ISBN 978-84-313-2954-9.

La editorial de la Universidad de Navarra nos ofrece la traducción de la segunda de las versiones (1946) de la obra del pensador alemán K. Jaspers, titulada *La idea de la universidad*. El contexto histórico concreto de su redacción (la posguerra), así como el reto planteado, no quita nada al interés del texto también para nuestros días: igual que entonces hoy urge, huyendo de todo funcionalismo estéril, renovar el espíritu originario de la universidad y con éste el sentido de la propia existencia humana.

En la Primera parte (*La vida espiritual*) el autor ofrece una idea fundamental en su planteamiento: la idea de universidad se entiende cuando se percibe que la ciencia, que ella cultiva, está al servicio de la vida espiritual del hombre. Todo lo que el autor expone acerca de la naturaleza de la ciencia (en tanto que un conocimiento metódico, cierto y universalmente válido), de sus límites (ausencia del sentido global del ser o de una implicación existencial) o de su finalidad (el deseo de saber y no únicamente su utilidad), está dirigido a subrayar el fundamento y la finalidad propios de la universidad. Si la ciencia se abre al conocimiento de lo real, es necesario que se trascienda a sí misma en un conocimiento de otro orden, lo que significa que no tiene la última palabra, y necesita otra guía que le viene del deseo incondicionado de saber, es decir, de la filosofía. La ciencia desvela engaños, libera y clarifica; surge de la honradez y genera aquella fecunda autocrítica necesaria para crecer en la verdad, propia del *sapere aude* clásico. En este sentido, la verdadera formación no se limita a una especialización o a un privilegio social, antes bien, la auténtica formación científica modela el espíritu humano según aquel ideal

de la ciencia que lo abre al espacio más vasto de realidad. El valor formativo de las ciencias de la naturaleza, lejos de excluir el que poseen las ciencias del espíritu, lo reclama como su complemento necesario.

La segunda parte (*Las tareas de la universidad*) nos presenta cuál es la finalidad básica de la universidad. Si la ciencia es la tarea básica de la universidad, la enseñanza de la ciencia debe contribuir a la formación de la vida espiritual, al conocimiento de la verdad.

Como investigación, este conocimiento no quiere dejar nada fuera de sus contenidos e interactúa con todo cuanto de real le rodea; la universidad se empobrece cuando el río de vida espiritual, difícilmente aprehensible, es sustituido por el conocimiento de los hechos puramente pragmáticos. También la docencia necesita su vinculación con la investigación, o sea, el contacto con la realidad viva estudiada en primera persona. Sólo quien investiga puede enseñar esencialmente, pues no se transmiten únicamente contenidos opacos, o capacitaciones profesionales para el futuro sin más, sino las actitudes propias del espíritu que capta y se pregunta por el sentido de lo real, del todo de lo real cognoscible en su más vasto horizonte. La formación o educación, como forma de conservarse las configuraciones sociales a través de las generaciones, configura al individuo como miembro del todo social. Pese a que la educación varía en función del ideal de formación, es constante la presencia del respeto. La de la universidad debe ser una formación de tipo socrático, en y para la libertad de una vida espiritual que se enriquece en lo más profundo de sí misma. Ella debe guiar al estudiante a sí mismo, a su propia

responsabilidad en el grado más elevado, en el respeto a la verdad en sus infinitas formas, aun asumiendo el riesgo peligroso que entraña tal libertad. La enseñanza es diversa según la forma externa que reviste: sólo se evita una mala lección si ésta se toma en serio, si brota de la vida espiritual del profesor y se prepara cuidadosamente, renunciando a toda artificialidad; los ejercicios o las discusiones son otras formas de enseñanza que impiden el anquilosamiento en un esquema determinado.

Estas tres dimensiones esenciales de la universidad (investigación, educación y enseñanza) constituyen una unidad indisoluble. Todo en la idea y la vida de la universidad requiere, además, comunicación en todos los órdenes, una comunicación socrática que invita a hacer cuestión de todo y que, responsable ante la verdad misma, se dirige a alcanzarla en todos los sentidos. Lejos de otros intereses más inmediatos, la comunicación –de la que todos son de alguna manera responsables– hace de la universidad «una vida de la verdad». Sea como discusión especializada, llevada a cabo con lógica, claridad intelectual y apertura a la otra opinión, o como trabajo científico colectivo, compartido por los diversos grupos de investigación, lo cierto es que la comunicación está en la esencia de las ciencias, y también de la vida universitaria; pero una comunicación que no es ajena a la capacidad técnica y al alto nivel, que no sustituye la libertad por la propaganda dogmática, aunque esto implique escuchar ideas contrarias a las propias.

La universidad cumple con sus tareas en el marco de la institución y al cobijo de sus estatutos. Pero para evitar peligros o desviaciones en el desempeño de su fin es necesaria una tarea de permanente revisión y reforma, de tutela de la libertad y de defensa de la discusión compartida, sin ignorar las limitaciones propias de dicha institución. En realidad la vida universitaria depende más de las personas que de la ins-

titución: «sólo las personalidades dan alma a la institución».

A diferencia de la enseñanza práctica la científica, propia de la universidad, cumple sus exigencias toda vez que las integra en una visión general del saber: el sentido de totalidad del saber, de la existencia, debe ser el trasfondo sobre el que se trabaja. El amplio mundo de las ciencias conoce diversos criterios de clasificación, pero ninguno se puede decir definitivo y último. Las diversas facultades han de entenderse bajo la idea de una representación real del cosmos de las ciencias, y éste debe recoger la totalidad de lo real: siempre abierta a nuevos campos, la ampliación de la universidad debe evitar la dispersión –que conduciría a un vaciamiento de la idea universal– y no perder la unidad del saber –que se fundamenta en la unidad de la vida–. Jaspers piensa que una renovación de la universidad, y su adaptación a los tiempos modernos, pasa por su renovación espiritual, por la restauración de la unidad en la filosofía y la supresión de la división entre facultades (de ciencias naturales, por un lado, y de ciencias del espíritu, por otro), por la jerarquización de las ciencias, sin menoscabo de ninguna, pero articulándolas todas sobre el sólido fundamento de la total existencia humana.

La última parte del libro (*Los presupuestos de la existencia de la universidad*) aborda tres condiciones necesarias para la realización de la idea anteriormente descrita: las personas, el Estado y los medios materiales. La vida de la universidad depende tanto de que los profesores como los estudiantes sean los mejores, es decir, aquellos que penetrados por la idea de la verdad, no la buscan como medio para otra cosa distinta de ella misma. Por su parte, el Estado tiene la obligación de velar por los derechos y medios de la universidad, de asegurar la investigación, la formación y educación, pero sin anular la independencia y autonomía de esta institución –su libertad–, a fin de que la

propia universidad, fiel a sus principios, pueda servir después a la sociedad. Una última referencia a los recursos materiales pone fin a la exposición de Jaspers sobre la idea de universidad. De la realización de dicha idea «depende la vida de la verdad que lucha por manifestarse en todas partes».

Insisto en la vigencia y actualidad de este libro, en la luz que aporta a la discusión actual sobre la institución universitaria. Muchos de los estudios y estadísticas actuales sobre la universidad carecen de la profundidad de Jaspers. La renovación espiritual de aquella originaria búsqueda de la

verdad, la consideración de la existencia humana (y del saber) en su totalidad, la imprescindible libertad de enseñanza y el serio compromiso científico, la idea de una selección necesaria –con todos los matices que se quiera– o el derecho a una remuneración de los docentes, que no por justa conduzca a su burocratización funcional, etc., son algunas de las cuestiones que, cuando menos, dan que pensar. Ojalá que la publicación y divulgación de estos planteamientos contribuya a tan deseada reforma.

Juan Carlos GARCÍA JARAMA

---

**Philipp-Marie MARGELIDON y Yves FLOUCAT**, *Dictionnaire de Philosophie et de Théologie thomistes*, Millau: Parole et Silence («Bibliothèque de la Revue Thomiste»), 2011, 591 pp., 17 x 23, ISBN 978-2-84573-926-0.

Los autores de este diccionario son buenos conocedores del pensamiento tomista y de su escuela, y se mueven en el ámbito de la revista *Revue Thomiste* (Toulouse), lo que garantiza la seriedad y el rigor del contenido de esta obra.

Este diccionario se compone de más de mil voces, sin firmar, pero que cuenta con la revisión de dos autores. La capacidad de síntesis es sin duda una de las grandes virtudes de esta obra, pues en pocas líneas se nos presenta de modo claro y sucinto el nervio del pensamiento tomista. Pero la aparente brevedad no nos puede hacer perder de vista el rigor con que se ha elaborado este diccionario en el que se destila lo esencial de la doctrina filosófica y teológica de santo Tomás y de su escuela. En efecto, son frecuentes las explicaciones acerca del modo de interpretar al Angélico, según las diversas escuelas o autores.

En la presentación ya se nos anuncia que el público al que se dirige es principalmente académico: estudiantes de filosofía y

teología que desean introducirse en el pensamiento del Doctor Común. Tiene una finalidad eminentemente práctica, pues desea ser un instrumento útil y sintético para familiarizarse con el pensamiento del Aquinate. No se trata, por tanto –aclaran los autores– de una enciclopedia tomista ni de una exhaustiva exposición del tomismo, sino una apretada síntesis, rigurosa pero sin erudición, de los conceptos claves del tomismo.

Al final, a modo de epílogo, se facilita la bibliografía esencial sobre el pensamiento de santo Tomás: manuales y monografías sobre filosofía y teología, así como las principales revistas que se ocupan del tomismo; todas ellas en lengua francesa.

Se trata de un diccionario que no cuenta con un equivalente en otras lenguas, y que cumple adecuadamente el objetivo que motivó su publicación: introducirse en la arquitectura intelectual de Tomás de Aquino y de su escuela.

José Ángel GARCÍA CUADRADO